

ΑΡΧΑΙΑ ΚΑΙ ΝΕΑ ΔΙΑΛΕΚΤΟΣ

UNA NOTICIA DE DIODORO SÍCULO SOBRE LA RÁPIDA EVOLUCIÓN DEL DIALECTO SIRACUSANO ENTRE EL 412 Y EL 338 A. C.

A pesar de los numerosos trabajos que se han realizado sobre los dialectos griegos, es asombrosa la poca atención que se ha prestado al área doria, como muy recientemente ha señalado A. Bartoněk en su libro *Classification of the West Greek Dialects at the Time about 350 B. C.* (Amsterdam, 1972). Es éste un valioso estudio sobre las peculiaridades y relaciones de los distintos dialectos dorios a mediados del siglo IV con el fin de clasificarlos con la mayor precisión posible. Siguiendo la tradición de este tipo de trabajos lingüísticos, Bartoněk dedica exclusivamente su atención a los documentos epigráficos. Esta limitación es perfectamente comprensible dado el cúmulo de dificultades que actualmente los documentos literarios presentan a cualquiera que intente incorporar este tipo de datos a una investigación dialectal. Es evidente, sin embargo, que la dialectología griega no está en condiciones de poder prescindir de los testimonios literarios, especialmente en el caso del dorio, puesto que, en relación a su gran extensión geográfica y a la multitud de sus hablas y de sus dialectos, el número de inscripciones antiguas conservado es muy escaso. Desgraciadamente, tampoco los textos literarios dorios abundan. La lírica coral plantea problemas aparte¹,

¹ Tradicionalmente se considera la lengua de la lírica coral como una especie de coíné literaria doria con mezcla de elementos épicos y eólicos, pero cf. la opinión de A. Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, París,

y los coros líricos de la tragedia presentan un dorio sumamente artificial. En realidad, sólo en la Magna Grecia, zona de gran tradición científico-filosófica, hubo una literatura propiamente doria. Por encima de cualquier otra ciudad doria, Siracusa llegó a tener un desarrollo literario muy notable². Su principal representante para nosotros es Teócrito, cuya obra constituye el único texto literario dorio de cierta extensión conservado; pero si la utilización lingüística de los datos de cualquier texto literario dialectal es difícil, el de Teócrito plantea especiales dificultades, pues a la mezcolanza e inconsistencia que presenta el texto de la vulgata no sólo contribuyen los errores de la transmisión manuscrita, sino también efectos especiales de estilo que el autor puede buscar conscientemente para caracterizar a sus personajes o para conseguir ciertas evocaciones literarias, y la mezcla de elementos lingüísticos diversos que probablemente era el habla de Siracusa en la época de Teócrito. Los tres aspectos están tan íntimamente relacionados entre sí, que es imposible, si se pretende obtener resultados positivos, analizar el texto teocriteo bajo un solo punto de vista, prescindiendo de los otros dos, aunque esto, precisamente, sea lo que siempre se ha venido haciendo. Los problemas de la transmisión manuscrita han sido abordados, por no citar más que los trabajos más recientes, por Gallavotti y Gow³. La importancia de la intención estilística en la elección de la lengua ha sido resaltada hace ya años por Legrand, quien subraya las dificultades que esta labor plantea y

1955, 202: «Si la langue de la lyrique chorale n'est pas ionienne, elle n'est donc pas non plus doriennne, et, sauf l'emploi sporadique de l'aoriste en -ξα, on n'y trouve rien qui mérite le nom de dorien, pour peu qu'on attribue à ce nom un sens linguistique défini». Recientemente, se ha insistido en el carácter no dorio de la lengua de la lírica coral; vid., por ej., N. S. Grimbaum, «La koinè micenea e la formazione della lingua nella lirica corale greca», *Atti e memorie del I° Congresso internazionale di Micenologia*, Roma, 1968, 875-879, y C. Pavese, «La lingua della poesia corale come lingua d'una tradizione poetica settentrionale», *Glotta* 45, 1967, 164-185.

² Aunque lo conservado sea escasísimo, numerosos autores siracusanos escribieron comedia, mimo, filosofía, medicina, leyes, retórica, matemáticas; vid. el artículo de V. Magnien «Le syracusain littéraire et l'idylle XV de Théocrite», *MSL* 21, 1920, 49-85 y 112-138, donde sostiene la tesis de que hubo una lengua literaria propiamente siracusana.

³ Vid. un resumen de los trabajos realizados sobre el texto teocriteo en Gow, *Theocritus I*, XXX-XXXIII.

lamenta la escasez de los resultados obtenidos⁴. El problema, por último, de la lengua hablada en Siracusa en la época de Teócrito no se ha planteado nunca, que sepamos, de un modo sistemático⁵. Incluso Bartoněk en su valioso estudio deja de lado la lengua siracusana, ya que, en general, no se ocupa de los dialectos de las distintas colonias dorias, sino del de sus metrópolis; por tanto, Siracusa, al ser una colonia corintia, ya en principio es pasada por alto, pero además, si alguna vez se ocupa de algún fenómeno atestiguado en una colonia, nunca se trata de un desarrollo propio (p. 134), razón de más para prescindir de un dialecto como el siracusano, en el que «no hay nada auténticamente corintio» (p. 95). Lo que Bartoněk encuentra en Siracusa es una coiné doria siciliana (pp. 88 s. y 95), y el objetivo de su libro no es esta especie de lenguas supradialectales (p. 106).

El objeto de estas páginas es llamar la atención sobre una noticia que de un modo indirecto, ya que su interés se centra en problemas de muy distinto tipo, no precisamente lingüísticos, da Diodoro Sículo acerca de la rapidísima evolución del siracusano en el siglo IV a. C. Si la rapidez de esta evolución quedara confirmada, supondría un dato de gran interés para el conocimiento de la lengua hablada en Siracusa en época helenística, cuestión importante en el conjunto de problemas planteados por el desarrollo de los distintos dialectos dorios y fundamental en el estudio de la lengua literaria de Teócrito.

La noticia es la siguiente: en el libro XIII de su *Bibliotheca* Diodoro, después de haber hablado de la guerra entre Sicilia y Atenas a finales del siglo V, cuenta que, tras la derrota ateniense, Diocles, el caudillo demócrata de mayor influencia sobre los siracusanos, les persuadió para que eligieran una comisión de ciudadanos

⁴ *Études sur Théocrite*, París, 1898, 234-248.

⁵ No faltan, naturalmente, estudios generales sobre el dorio de Sicilia, pero su carácter puramente descriptivo y el hecho de que utilicen indiscriminadamente materiales procedentes de distintas épocas, les impide reflejar el estado lingüístico sincrónico de la época de Teócrito. Hay que tener muy en cuenta, desde luego, la escasez de documentos, que hace imprescindible recurrir a toda clase de medios para intentar esta tarea. Vid. la bibliografía en el artículo muy reciente de A. Landi «I dialetti dorici in Sicilia. Il corinzio», *RAAN* 46, 1971, 3-42; cf. p. 4: «Da questo breve saggio che si limita solo alla fonetica ed alla morfologia del periodo arcaico e classico tralasciando il dorico di Teocrito e di Archimede che saranno successivamente inquadrati in un periodo storico più recente».

entre los más destacados por su buen juicio para organizar los asuntos públicos y redactar nuevas leyes (XIII 34, 6). Así lo hicieron: todos los ciudadanos elegidos eran sobresalientes, pero uno entre ellos, el propio Diocles, descollaba hasta tal punto que las leyes tomaron su nombre. Sigue Diodoro recalcando con una serie de hechos la gran estima de que gozaba este Diocles no sólo entre los siracusanos, sino en toda la isla, para terminar con el hecho más significativo de todos (δ' οὖν)⁶: andando el tiempo bajo el mandato de Timoleón y luego del rey Hierón II se establecieron nuevas leyes, pero los siracusanos no dieron a los nuevos legisladores el nombre de νομοθέτης —que por la labor que llevaron a cabo les correspondía⁷—, sino el de ἐξηγητῆς τοῦ νομοθέτου, ya que Diocles era el único que merecía ser el legislador de los siracusanos; y recibieron precisamente el nombre de exegetas διὰ τὸ τοὺς νόμους γεγραμμένους ἀρχαίᾳ διαλέκτῳ δοκεῖν εἶναι δυσκατανοήτους (XIII 35, 3-4).

Es esta explicación el punto de mayor interés para nosotros. Todo dialecto evoluciona y a nadie llamaría la atención que el siracusano así lo hubiera hecho, pero lo que sí sería digno de notar y explicaría muchas cosas es que en los apenas setenta años que median entre el demócrata Diocles de finales del siglo v y la nueva legislación llevada a cabo bajo Timoleón, el dialecto cambiara de tal forma que las leyes de Diocles resultaran difíciles de comprender.

Y es precisamente esto lo que dice Diodoro. ¿Qué verosimilitud tiene su afirmación? La primera cuestión se plantea en torno a la figura del propio Diocles, ¿quién fue este personaje? En la historia siciliana sólo conocemos un famoso Diocles, es precisamente el demócrata extremista de la guerra contra Atenas. ¿Fue este Diocles, el ciudadano más influyente y de mayor prestigio en aquellos agitados momentos, el que dio su nombre a la nueva legislación? Esto es lo que dice expresamente Diodoro (XIII 34-35):

⁶ Cf., para este sentido de las partículas, Denniston, *The Greek Particles*², Oxford, 1954, 463.

⁷ Diod. XVI 82, 6 (Timoleón) ... εὐθὺ δὲ καὶ τοὺς προϋπάρχοντας νόμους ἐν ταῖς Συρακούσαις οὓς συνέγραψε Διοκλῆς, διώρθωσε... ἐπιστάτης δ' ἦν καὶ διωρθώτης τῆς νομοθεσίας Κέφαλος ὁ Κορίνθιος. Cf. también Plut., *Timol.* 39.

Μετὰ δὲ ταῦτα (sc. la guerra contra los atenienses) τῶν δημαγωγῶν ὁ πλεῖστον παρ' αὐτοῖς ἰσχύσας Διοκλῆς ἔπεισε τὸν δῆμον μεταστῆσαι τὴν πολιτείαν εἰς τὸ κλήρω τὰς ἀρχὰς διοικεῖσθαι, ἐλέσθαι δὲ καὶ νομοθέτας εἰς τὸ τὴν πολιτείαν διατάξει καὶ νόμους καινοὺς ἰδίᾳ συγγράψαι. Διόπερ οἱ Συρακόσιοι τοὺς φρονήσει διαφέροντας τῶν πολιτῶν εἵλοντο νομοθέτας, ὧν ἦν ἐπιφανέστατος Διοκλῆς. τοσοῦτ' ἄρ τῶν ἄλλων διήνεγκε συνέσει καὶ δόξῃ ὥστε τῆς νομοθεσίας ὑπὸ πάντων κοινῇ γραφείσης ὀνομασθῆναι τοὺς νόμους Διοκλέους.

Para hacer honor a la verdad, sin embargo, es preciso señalar que algunos especialistas se han negado a prestar crédito a Diodoro y postulan la existencia de dos Diocles homónimos, un legislador casi mítico, una especie de Licurgo siracusano del que nada sabemos, que habría dado su nombre a las primeras leyes siracusanas, y el bien conocido demócrata de las luchas contra Atenas. Diodoro, según ellos⁸, habría confundido los dos personajes en uno solo. Las razones que aducen para apoyar su hipótesis —que no ha podido y difícilmente podrá ser confirmada— pueden resumirse siguiendo a J. Carcopino⁹ en tres puntos:

a) La serie de circunstancias que, según Diodoro, rodearon la muerte de Diocles no son en absoluto históricas, sino míticas y legendarias, en modo alguno apropiadas para un personaje de finales del siglo v como es el demócrata Diocles.

b) Céfalo y Polidoro (los encargados de reformar las leyes de Diocles en tiempos de Timoleón y del rey Hierón respectivamente) reciben el nombre de ἐξηγηταί, que en el mundo griego se reserva principalmente para los intérpretes de las leyes sagradas, τὰ ἱερὰ. Por tanto, las leyes que reformaron no son las leyes democráticas del Diocles del 412, sino de un antiquísimo Diocles.

c) Por último, si se trata del Diocles demócrata de finales del siglo v, en los apenas setenta años que median entre la redacción

⁸ Vid. la bibliografía a favor y en contra de la hipótesis de los dos Diocles, por ejemplo, en Niese, *RE* s. v. Diokles; V. A. Ruiz-O. Olivieri, *Appendix I a Inscriptiones Graecae Siciliae et infimae Italiae ad ius pertinentes*, Milano, 1925, 237; M. P. Loicq-Berger, *Syracuse. Histoire culturelle d'une cité grecque*, Bruxelles, 1967, 276.

⁹ *La loi de Hieron et les romains*, Paris, 1914, 52-3.

de las leyes (412) y la reforma de Timoleón (338), difícilmente un dialecto podría convertirse en *δυσκατανόητος*¹⁰.

Éstas son las razones que principalmente han llevado a postular la existencia de dos Diocles. Si se examinan con detenimiento, sin embargo, ninguna de ellas es consistente y la hipótesis resulta totalmente superflua.

En primer lugar, y al revés de lo que ocurre con otros famosos legisladores de la zona (Zaleuco, Carondas), del prestigioso y antiquísimo Diocles no tenemos una sola noticia. Bien es verdad que sobre estos legisladores casi míticos los mismos autores antiguos tenían ya sus dudas. Así, por ejemplo, sabemos que Timeo negó la existencia de Zaleuco¹¹; pero, aunque discutidos, noticias de ellos han llegado hasta nosotros. En cambio, en ninguna parte se dice que un Diocles de la época arcaica haya dado leyes a nadie, y aunque el argumento *ex silentio* no sea casi nunca definitivo, no deja de tener aquí su importancia, máxime tratándose de una ciudad como Siracusa, que tantas veces atrajo la atención de toda Grecia.

Empezando con la primera objeción¹², anécdotas de este tipo no son, ni mucho menos, privativas de personajes legendarios; las ha habido a lo largo de toda la historia griega y los ejemplos que se podrían aducir son numerosos, desde el asesinato de Hesíodo seductor a los perros que devoran a Eurípides, el salto de Safo desde la roca o la tortuga que descalabra a Esquilo. Se trata de la conocida tendencia a hacer morir a los personajes célebres de un modo poco común, violentamente¹³.

Unas líneas más abajo (XIII 35, 2), Diodoro relata que al morir Diocles se le tributaron honores de héroe; pero tampoco es éste

¹⁰ Esta es la única razón que en una breve nota adujo Ahrens, *De Graecae linguae dialectis* II (Gottingae, 1843), para no dar crédito a la noticia de Diodoro.

¹¹ Jacoby, *Fr. gr. Hist.* III b Timaios fr. 130.

¹² Diod. XIII 33, 2 narra cómo Diocles, que había prohibido presentarse en el ágora llevando armas, inadvertidamente un día lo hizo él mismo y, al reprochársele esto, se dio al punto muerte con su propia espada.

¹³ Naturalmente, sería ingenuo objetar que entre la muerte del Diocles demócrata y antiatienense del siglo v y las reformas de la época de Timoleón no ha habido tiempo para que se formara una leyenda en torno a su fin, leyenda que parece un *locus communis* tratándose de legisladores; el espacio de tiempo transcurrido entre la muerte de Diocles y la formación de la leyenda no corresponde, efectivamente, a la etapa que termina con la época de Timoleón, sino a la que va hasta el relato de Diodoro o, al menos, hasta su fuente.

un hecho aislado, suficiente para remontar unos cuantos siglos la fecha del legislador Diocles. Sin alejarnos de la historia siciliana, sabemos que Dion y Timoleón también recibieron los mismos honores en el siglo IV¹⁴.

Mayor dificultad puede parecer a primera vista el hecho de que Diodoro un poco antes, en XII 19, 1-2, haya atribuido la misma muerte de Diocles y con casi las mismas palabras al célebre legislador Carondas. Algunos defensores de la hipótesis de los dos Diocles¹⁵ han encontrado en este *lapsus* de Diodoro apoyo para su idea: no sólo Diodoro confundiría dos personajes distintos en uno, sino que además le atribuye anécdotas ya referidas de otro legislador. Ciertamente, esta inadvertencia es un fallo inexcusable de Diodoro, tanto si la repetición estaba ya en su fuente como si hay que imputársela a él solo; pero su error no prueba nada a favor de la hipótesis de los dos Diocles, porque el fallo continúa siendo el mismo tanto si se refiere a un supuesto legislador arcaico llamado Diocles como al Diocles del siglo v.

Tropezamos aquí con un problema sumamente complejo, el de las fuentes de Diodoro. Es bien sabido que este historiador no se sirve de una única fuente, sino que las combina en diversos modos y que el valor de sus afirmaciones depende en gran manera de la fuente que utilice. Hace ya algún tiempo¹⁶ se había apuntado que, al hablar de los legisladores de la Magna Grecia, Diodoro parece abandonar sus fuentes habituales por lo que respecta a la historia

¹⁴ Es en el siglo v precisamente cuando las ciudades griegas comienzan a tributar honores hasta este momento restringidos a los dioses a hombres vivos cuya actividad estuvo estrechamente unida a la política de la ciudad. En Sicilia, en donde estos cultos tuvieron especial aceptación, sabemos que Gelón, Terón, Hierón I en el siglo v y Dión y Timoleón en el siglo iv recibieron honores heroicos. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion* II, München, 1950, 128 ss.; C. Habicht, *Gottmenschentum und griechische Städte*, München, 1956, 8 ss. Lo importante es, desde luego, el hecho de que esté atestiguada en Sicilia la heroización de personajes históricos durante los siglos v y iv. Discutir el testimonio de Diodoro alegando que Diocles no merecía este honor, como han hecho algunos (vid., por ej., G. de Sanctis, *Scritti minori* I 32) es sumamente arriesgado, sobre todo porque no sabemos nada de Diocles tras su participación en la lucha contra los cartagineses y su destierro (Diod. XIII 75), y tampoco consta en qué momento se le heroizó (Diod. dice simplemente que fue después de muerto, τελευτήσαντα XIII 35, 2).

¹⁵ M. P. Loicq-Berger, *Syracuse* 276.

¹⁶ Cf. Jacoby, *Fr. gr. Hist.* III b 329, con bibliografía.

siciliana y servirse de noticias de origen tardío. Últimamente se ha precisado un poco más: Diodoro en el pasaje en que narra la muerte de Diocles sigue con toda probabilidad un *περι νομοθετῶν* tardío, mientras que en el resto de la narración sobre Diocles su fuente es distinta, probablemente Timeo¹⁷. Luego el *lapsus* de XIII 33 no invalida la narración en XIII 35.

La segunda de las objeciones se centra en el nombre que recibieron andando el tiempo los nuevos legisladores siracusanos. Antes de entrar a discutir el término *ἐξηγητής* y su campo semántico, sin embargo, vale la pena para una mejor comprensión del pasaje observar de cerca las circunstancias político-sociales que forman el marco de las afirmaciones de Diodoro.

A su llegada a la isla y después de que consigue tomar Siracusa (343 a. C.), a Timoleón le interesa aparecer como el paladín de las ideas democráticas y, tras invitar a todo siracusano a tomar parte en el derribo de las fortificaciones y edificios levantados por la tiranía (Plut., *Timol.* 22, 1), *νομογραφεῖν ἤρξατο, τιθεὶς δημοκρατικῶς νόμους* (Diod. XVI 70, 5), y, entre otras medidas, dedica especial atención a la *ἰσότης*, a la igualdad, ideal democrático que pedía una redistribución de las riquezas y que tenía una tradición en Siracusa, ya que diez años antes había sido utilizado por el partido de Heraclides contra Dión¹⁸.

En un libro reciente M. Sordi¹⁹ ha señalado cómo conforme la posición de Timoleón se va consolidando en Siracusa, sobre todo

¹⁷ K. Meister, *Die sizilische Geschichte bei Diodor von den Anfängen bis zum Tod des Agathokles*, Diss. München, 1967, 54 y 68 s. Simplemente el hecho de que en XIII 33 narre la muerte de Diocles y más tarde, después de ocuparse de otros asuntos, en XIII 35, a pesar de haber contado ya su muerte, siga con la obra de Diocles, es un indicio para suponer que Diodoro ha cambiado de fuente. Bibliografía reciente y discusión de las distintas hipótesis sobre las fuentes de Diodoro en su exposición de la historia de Sicilia en F. W. Walbank, «The Historians of Greek Sicily», *Kokalos* 14-15, 1968-1969, 476-497, especialmente 486 ss.

¹⁸ Plut., *Dion* 37, 3. Timoleón realiza en parte esta redistribución con la primera colonización de Siracusa, cf. el comentario de M. Sordi al libro XVI 70, 5 de Diodoro. El número de 1958 de *Kokalos* estudia región por región el renacimiento de Sicilia en época de Timoleón.

¹⁹ *Timoleonte*, Palermo, 1961. La tesis de M. Sordi ha parecido poco radical a algunos (vid. la reseña de P. Pédech en *REG* 75, 1962, 252-254) y a otros excesiva, así P. Lévêque, *Kokalos* 14-15, 1968-1969, 137 y 156; C. Mossé, *ibid.* 151; ambos están de acuerdo, sin embargo, en el carácter contradictorio de la figura de Timoleón, si bien consideran que ello es debido a que las circunstancias

después de su afortunada victoria sobre los cartagineses en Crimiso (339 a. C.?)²⁰, su política sufre un cambio completo y su postura se vuelve decididamente hostil al partido democrático siracusano. Acentúa el carácter corintio de su política, comenzando por mandar parte de las armas tomadas a los cartagineses en Crimiso al templo de Posidón en Corinto (Diod. XVI 80, 6), con lo que resaltaba la participación corintia en la victoria, y siguiendo por la llamada de Céfalo, legislador corintio (Dio. XVI 82, 7), y por el decreto votado por los siracusanos de elegir un estratego corintio siempre que se debiera combatir con enemigos no griegos (Plut., *Timol.* 38, 2). Además, las monedas corintias alcanzan una gran difusión en Occidente en época de Timoleón por razones más bien políticas que económicas²¹. Vemos aparecer instituciones netamente oligárquicas como el *synedrion* de 600 miembros, que Dion no había conseguido imponer, o la *anphipolia*²² influida por ideas platónicas. En numerosas ocasiones su modo de actuar no se diferencia mucho del de los tiranos, piénsese, por ejemplo, en la deportación de los leontinos por haber ayudado a Hícetas en su lucha contra Timoleón (Diod. XVI 82, 7); pero, eso sí, él siempre tiene la habilidad de «oscurecer a sus adversarios presentándoles como opresores y traidores, y aplicándose él el bonito papel de enemigo de la tiranía»²³.

Es precisamente en esta segunda época, después de su victoria sobre los cartagineses, cuando Timoleón reforma la legislación siracusana, «las leyes anteriores dadas por Diocles» dice exactamente el historiador, y aunque en el derecho privado no introduce cambios, sí modifica el derecho público *de acuerdo con sus propios planes y según le pareció conveniente*²⁴. Lo que a Timoleón le inte-

exteriores hacían imposible su primera política de revivir el sistema clásico de la *polis* democrática.

²⁰ La fecha de la batalla ha sido muy discutida. Para M. Sordi, sin duda alguna se dio en junio del 330 a. C. (comentario a Diod. XVI 79, 5-80, 3).

²¹ P. Lévêque, «De Timoléon à Pyrrhos», *Kokalos* 14-15, 1968-1969, con bibliografía.

²² Diodoro narra la institución de la *anphipolia* dentro de la primera legislación llevada a cabo por Timoleón, pero el carácter oligárquico de esta medida hace que M. Sordi la ponga verosímelmente en relación con la segunda legislación (*Timoleonte* 116 ss.). Igualmente, P. Pédech, *REG* 75, 1962, 253.

²³ P. Pédech, *REG* 75, 1962, 254.

²⁴ Diod. XVI 82, 6: εὐθὺ δὲ καὶ τοὺς προὔπαρχοντας νόμους ἐν ταῖς Συρακούσαις, οὗς συνέγραψε Διοκλῆς, διώρθωσε· καὶ τοὺς μὲν περὶ τῶν ἰδιωτικῶν συμβολαίων ἢ κληρονομιῶν εἶασεν ἀμεταθέτους, τοὺς δὲ περὶ

resaba y lo que realmente hizo fue restringir las libertades que otorgaban unas leyes a su parecer excesivamente democráticas. No deseaba, sin embargo, hacerlo abiertamente acarreándose la hostilidad de los siracusanos (recuérdese el gran prestigio que entre ellos tenía Diocles). Así, pues, con su habilidad acostumbrada busca una explicación que encubra sus intenciones: Céfalo no es un νομοθέτης, es simplemente un ἐξηγητής de las leyes de Diocles, como luego lo será Polidoro en época de Hierón II²⁵.

Una de las dificultades que hacían postular a B. Holm²⁶ la existencia de dos Diocles era precisamente la palabra ἐξηγητής. El razonamiento es que, si este término se aplica usualmente a un intérprete de las leyes sagradas, su uso en el pasaje de Diodoro apunta no a un legislador de época reciente, sino a un νομοθέτης arcaico, cuyas leyes, como las de Zalcuco, Carondas o Licurgo, gozaran de un prestigio y una veneración que sólo puede conferir el tiempo.

Un estudio filológico de los usos de la palabra ἐξηγητής, sin embargo, no confirma tal opinión. Como agente de ἐξηγέομαι, los usos de ἐξηγητής cubren el mismo campo semántico que el verbo y pueden referirse a quien con sus consejos guía o instiga a hacer algo²⁷. Puede, ciertamente, aplicarse en un sentido técnico a los intér-

τῶν δημοσίων νενομοθετημένους πρὸς τὴν ἰδίαν ὑπόστασιν ὥς ποτ' ἐδόκει συμφέρειν διώρθωσεν.

²⁵ Lo que sabemos de la labor legislativa de Hierón II es verdaderamente muy poco. Faltan los libros de Diodoro referentes a él y la atención de los escritores romanos se centra, como es lógico, en la *lex Hieronica*, que encontró un sitio dentro del propio código romano. A Hierón II tampoco se le puede calificar de demócrata precisamente, pero en ocasiones tiene que contar con el pueblo. Para H. Berve, *König Hieron II*, München, 1959, 43, una de las medidas en este sentido pudo muy bien haber sido la puesta al día de las leyes de Diocles, por las que el pueblo tenía un especial cariño; a la misma razón puede deberse el título de exegeta que recibe Polidoro, tanto más cuanto que había ya un precedente en Siracusa que muy bien Hierón pudo continuar.

²⁶ *Geschichte Siciliens im Altertum* II 78 y 417.

²⁷ Hdt. V 31: οὐ εἰς οἶκον τὸν βασιλέως ἐξηγητής γίνεαι πρηγμάτων ἀγαθῶν, καὶ εἴ παραινέεις πάντα, dice Artáfnres a Aristágoras, que le propone una expedición contra Naxos y las islas (la conjetura de van Herwerden y Madvig ἐσηγητής no tiene fundamento, tanto más cuanto que esta palabra no se encuentra nunca en Heródoto, mientras que ἐξηγητής se atestigua en otros dos pasajes: I 78 = «intérprete de portentos»; III 31 referido a τοὺς βασιλῆους καλεομένους δικαστὰς persas, los cuales δίκας δικάζουσι καὶ ἐξηγηταὶ τῶν πατρίων θεσμῶν γίνονται); Dem. 35, 17: οὐτοσί δὲ Λάκριτος

pretres de las leyes sagradas y de la tradición (τὰ ἱερὰ καὶ πάτρια) y de forma especial a quienes oficialmente estaban encargados de interpretar y exponer el derecho consuetudinario y las tradiciones religiosas en Atenas por oposición a la ley de la *polis*, cuya interpretación correspondía únicamente a los jueces²⁸. La fecha de aparición y el número exacto de estos ἐξηγηταὶ oficiales son discutibles²⁹, pero parece seguro que su misión no era interpretar la ley secular, sino la sagrada *que no provenía de ningún legislador*³⁰. En sentido técnico también puede aplicarse la palabra a cualquiera que explica e interpreta un texto³¹, en este sentido se encuentra corrientemente en los comentarios de Galeno a Hipócrates³², en los escoliastas³³ y en los lexicógrafos³⁴; incluso puede aplicarse en una acepción parecida a la de «cicerone»³⁵.

La frase de Diodoro: οὐδέτερον αὐτῶν ὠνόμασαν νομοθέτην (sc. Céfalo y Polidoro), ἀλλ' ἢ ἐξηγητὴν τοῦ νομοθέτου διὰ τὸ τοὺς

ἀπάντων ἦν τοῦτων ὁ ἐξηγητής, dice quien pronuncia el discurso, quejándose del timador que le ha instigado a una transacción falsa.

²⁸ Sobre esta cuestión vid. últimamente A. Biscardi, «La *gnome dikaiotate* et l'interprétation des lois dans la Grèce ancienne», *RIDA* 17, 1970, 219-232.

²⁹ Aparte del artículo de Kern en *RE* y de S. Reinach en Daremberg-Saglio s. v. *exegetae* puede verse A. W. Persson, *Die Exegeten und Delphi*, Lund, 1918; M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion* I^o 636 s.; F. Jacoby, *Atthis*, Oxford, 1949, 8-51; J. H. Oliver, *The Athenian Expounders of the Sacred and Ancestral Law*. Así como la discusión del mismo J. H. Oliver y H. Bloch en *AJPh* durante los años cincuenta.

³⁰ Vid. K. von Fritz, «Attidographers and Exegetae», *TAPA* 71, 1940, 91-126 (especialm. 96-99), citado por J. H. Oliver, o. c. 29. Sólo un ἐξηγητής τῶν Λυκούργειων ἐθῶ[ν] *CIG* 1364 b = *IG* V 1, 554, 14, como uno de los títulos de un cierto Tiberio Claudio Sofrón, en una inscripción laconia de la época de Marco Aurelio o Cómodo.

³¹ Cf. Galeno VII p. 825 ed. C. G. Kühn: ἔστι μὲν οὖν ἡ ἐξήγησις, ὡς πού τις τῶν παλαιῶν εἶπεν, ἀσαφοῦς ἐρμηνείας ἐξάπλωσις. Para el uso de ἐξήγησις y ἐξέγεισθαι en el sentido de interpretar textos poéticos, filosóficos, etcétera, vid. R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship*, Oxford, 1968, 222 s., 225 n. 4, 250 n. 3, 269.

³² XV 518; XVII 156; etc. Vid. el *Index verborum* de E. Wenkebach-K. Schubring a los comentarios de Galeno in *Hippocratis Epidemiarum libros* (Berlín, 1955) en *CMG* V 10, 2, 3 s. v. ἐξηγεῖσθαι, ἐξήγησις, ἐξηγητής.

³³ Un escolio a Tucídides III 34 conservado en el cod. Aug. y en el cod. Cass. dice τὰ ὠβελισμένα οὐδενὶ τῶν ἐξηγητῶν ἔδοξε Θεουκιδίδου εἶναι (el escolio debe ser antiguo, vid. Gomme *ad loc.*).

³⁴ Suidas s. v. Ἀγάπιος: ἰατρικῶν μαθημάτων ἐξηγητής γεγονός.

³⁵ Así habitualmente emplea Pausanias la palabra, cf. también Longo en el proemio de *Dafnis y Cloe*: ἀναζητησάμενος ἐξηγητὴν τῆς εἰκόνοσ.

νόμους γεγραμμένους ἀρχαία διαλέκτῳ δοκεῖν εἶναι δυσκατανοήτους implica primordialmente el sentido de comentarista, intérprete de unos textos difíciles de entender, sin que quede excluida, naturalmente, la posibilidad de que estos ἐξηγηταί fueran personas versadas en todo lo referente a la tradición. La ambigüedad de la palabra ἐξηγητής podía favorecer las intenciones de Timoleón, que en el segundo período de su carrera política procura hacer menos democrática la constitución siracusana.

La explicación que Diodoro da de por qué una labor de exégesis se había hecho necesaria para las leyes de Diocles es, sin duda alguna, la que Timoleón dio a los siracusanos para justificar la labor de Céfalo. Ahora bien, si Timoleón dio esta explicación y si quería ser creído, tenía que tener alguna verosimilitud, los siracusanos de mediados del siglo IV tenían que tener conciencia de la evolución de la lengua producida entre la redacción de las leyes y su época. Y con ello entramos ya en la tercera objeción.

¿Cómo pudo realizarse una evolución tan rápida? Hay varios motivos que concurren, cuya influencia conjunta muy bien pudo hacer cambiar en setenta años el dialecto siracusano hasta tal punto que las leyes de Diocles resultaran difíciles de comprender.

En primer lugar, es bien sabido que cualquier lengua como producto de una sociedad determinada refleja necesariamente los cambios y perturbaciones que esa sociedad sufre, de tal forma que en épocas turbulentas y de grandes alteraciones la lengua puede evolucionar con una rapidez inusitada. No cabe ninguna duda de que los años que van desde finales de la Guerra del Peloponeso hasta la segunda mitad del siglo IV fueron particularmente inestables para todo el mundo griego y de modo muy especial para Siracusa.

En segundo lugar, hay que tener muy especialmente en cuenta la afluencia masiva de gente procedente de los más diversos puntos de Grecia de acuerdo con la política de Timoleón de repoblar Siracusa tras las sangrientas y exhaustivas guerras civiles de los años precedentes. Al llegar a Siracusa, Timoleón la encuentra desolada y decide proceder a su repoblación. Primero, inmediatamente después de la toma de la ciudad, en el 343-42 a. C., hace un llamamiento a todos los siciliotas que quieran ir a asentarse a Siracusa. Luego, tras la batalla de Crimiso y siguiendo las tendencias generales de su política, hace venir a cinco mil colonos corintios e invita, por último, a todos los

griegos³⁶. Naturalmente, carecemos de estadísticas y de cifras exactas, pero parece muy probable que el total alcanzara la cifra de sesenta mil hombres³⁷, y en esta cifra no entran las mujeres ni los niños. La influencia de esta enorme y heterogénea masa de nuevos ciudadanos, sin duda alguna, fue el factor decisivo en la rápida evolución del dialecto siracusano.

En tercer lugar, la lengua legal siempre tiende a ser arcaizante, a emplear usos y formas ya dejados de lado en la lengua de todos los días, fenómeno del que no se salvarían las leyes de Diocles.

No hay, pues, razones suficientes para negar el crédito al testimonio de Diodoro sobre Diocles: ni la pintoresca anécdota sobre la muerte del legislador, ni el título de *ξεγηγητής τοῦ νομοθέτου* que recibieron los nuevos legisladores en épocas de Timoleón y del rey Hierón II, ni la rapidísima evolución del siracusano implicada por la narración de Diodoro son argumentos consistentes para postular la existencia de dos Diocles. Es más, si Diodoro hubiera confundido al Diocles demócrata del siglo v con un legislador mítico del mismo nombre, ¿cómo iba a decir que persuadió a los ciudadanos para que eligieran una *comisión* encargada de dar leyes *nuevas*?³⁸. El hecho de que Diodoro afirme que las penas impuestas por Diocles fueron especialmente duras³⁹ no presupone tampoco carácter arcai-

³⁶ Cf. Diod. XVI 82, 3 y 5. Sobre las dos colonizaciones de Timoleón, su cronología y la confrontación entre las versiones de Plutarco, Diodoro y C. Nepote vid. M. Sordi, *Timoleonte* 104 ss.

³⁷ Además de los datos de Diodoro y de Plutarco, cf. M. P. Loicq-Berger, *Syracuse* 236 con bibliografía; H. D. Westlake, «Timoleon and the Reconstruction of Syracuse», *Cambridge Historical Journal* 7, 1942, 73 ss.

³⁸ XIII 34, 6: *ἐλέσθαι δὲ καὶ νομοθέτας εἰς τὸ τὴν πολιτείαν διατάξαι καὶ νόμους καινοὺς ἰδίᾳ συγγράψαι*. Las leyes que hasta entonces habían venido utilizando los siracusanos pudieron ser las de Zaleuco más o menos modificadas: M. Guarducci («Gli alfabeti della Sicilia arcaica», *Kokalos* 10-11, 1964-1965, 465-480; *Epigrafia Greca* I, Roma, 1967, 339 ss.) ha propuesto, basándose en datos puramente epigráficos, que la circunstancia de que las inscripciones de Siracusa y de todas sus colonias presenten a partir de la segunda mitad del siglo VII un alfabeto totalmente distinto al corintio y muy parecido al de los locros epicefirios puede deberse a la tradición escrita de las leyes locrias. Intentando comprender la famosa legislación de Zaleuco para utilizarla en provecho propio, los siracusanos habrían sido inducidos a imitar la grafía.

³⁹ XIII 35, 4: *μισοπόνηρος μὲν φαίνεται διὰ τὸ πάντων τῶν νομοθετῶν πικρότατα πρόστιμα θείνειν κατὰ πάντων τῶν ἀδικούντων, δίκαιος δ' ἐκ τοῦ περιττότερον τῶν πρὸ αὐτοῦ κατ' ἀξίαν ἐκάστω τὸ ἐπιτίμιον ὑπάρξει, πραγματικὸς δὲ καὶ πολὺπειρος ἐκ τοῦ πᾶν ἔγκλημα καὶ πρῶγμα δημόσιόν τε καὶ ἰδιωτικὸν ἀμφισβητούμενον ὀρισμένης ἀξιώσαι τιμωρίας*.

co: debe tenerse muy en cuenta el momento crítico en que fueron promulgadas. Piénsese, por ejemplo, en la extremada crueldad que mostraron todos los beligerantes en la última fase de la guerra del Peloponeso y especialmente en el papel que el propio Diocles representó en el terrible trato infligido a los prisioneros atenienses unos meses antes de la promulgación de las leyes. Por otra parte, está muy de acuerdo con la interpretación actual de la personalidad de Timoleón, como hemos visto, el hecho de que reformara las leyes democráticas del Diocles del siglo v y no las de un legislador arcaico cuyas leyes necesariamente serían ya de por sí oligárquicas.

La consecuencia fundamental desde el punto de vista lingüístico, que es el que nos interesa primordialmente en este estudio, es que Timoleón en el 338 pudo justificar la renovación de unas leyes que databan del 412 diciendo que estaban redactadas en un siracusano difícil de entender (δυσκατανόητος). Así, pues, un documento de finales del siglo v era sentido por la conciencia lingüística de la segunda mitad del siglo iv como una muestra del ἀρχαία διάλεκτος.

Lo correcto de esta conclusión parece confirmado por el testimonio de los escolios de Teócrito cuya tradición gramatical nada tiene que ver con las fuentes históricas de Diodoro. Dejando su discusión detallada para un trabajo posterior, baste con decir aquí que en una parte de los *prolegomena*⁴⁰, cuya antigüedad parece ser muy grande (Wendel⁴¹ apunta el siglo i p. C. y como posible autor a Teón), se afirma expresamente que Teócrito se sirvió no del dialecto antiguo, sino del nuevo, pues hay dos dialectos: uno antiguo que utilizaron Epicarmo y Sofrón y otro nuevo que es, precisamente, del que se sirve Teócrito. La acmé de Sofrón se suele colocar hacia la mitad del siglo v, por tanto no muy lejos de la fecha de redacción de las discutidas leyes de Diocles, mientras que Teócrito tampoco es muy posterior a Timoleón y Céfalo.

Así, pues, esta rápida evolución del siracusano, esta indudable mezcla de formas pertenecientes a distintos dialectos, ayuda a

⁴⁰ C. Wendel, *Scholía in Theocritum vetera*, Leipzig, 1914, *Prolegomena* Fa y b 5 s.: Δωρίδι... διαλέκτῳ κέχρηται Θεόκριτος, μάλιστα δὲ ἀνειμένη καὶ χθαμαλῇ Δωρίδι παρὰ τὴν Ἐπιχάρμου καὶ Σώφρονος... ἰστέον ὅτι ὁ Θεόκριτος Δωρίδι διαλέκτῳ κέχρηται τῇ νέᾳ. δύο γὰρ εἰσι, παλαιὰ καὶ νέα.

⁴¹ C. Wendel, *Ueberlieferung und Entstehung der Theokrit-Scholien*, Berlín, 1920, 89.

explicar en el caso concreto de Teócrito la desorientación y los errores lingüísticos de la tradición y de los gramáticos al enfrentarse con su texto; pero también ayuda a explicar como un factor más entre otros muchos⁴² esa desorientación tan común entre los gramáticos alejandrinos, y no digamos ya entre los de épocas posteriores, cuando se ocupan del texto de un autor dorio en general, desorientación que no es tan acusada en el caso de los autores lesbios. El siracusano es quizás el dialecto dorio de mayor difusión en la época ptolemaica precisamente por el auge que sabe dar a Siracusa el rey Hierón II, y los contactos entre Siracusa y Alejandría debieron ser numerosos, piénsese, por ejemplo, en el idilio XV del propio Teócrito. Sin duda, este siracusano influía en la imagen que del dorio, ese dialecto en trance de nivelación y desaparición, tenía un alejandrino⁴³.

Todos estos problemas, sin embargo, por muy interesantes que sean, sobrepasan con mucho los límites de estas páginas, que pretenden sólo llamar la atención sobre la noticia de Diodoro y subrayar su verosimilitud frente a otras interpretaciones que de ella se han dado.

M.^a TERESA MOLINOS TEJADA

⁴² Como pueden ser la nivelación de las antiguas diferencias dialectales, la extensión de una coiné doria entre esta nivelación y la instauración definitiva de la coiné jónico-ática, es decir, entre los siglos IV-III y el I a. C. Cf. Thumb-Kieckers, I, Heidelberg, 1932, 43 y II, Heidelberg, 1959, 117; C. D. Buck, *The Greek Dialects*, Chicago, 1955, 176 ss.

⁴³ E. Risch, «Die Sprache Alkmans», *MH* 11, 1954, 20-37, supone una influencia parecida del dialecto cirenaico sobre los gramáticos alejandrinos a la hora de fijar el texto de Alcman, la cual podría explicar ciertas particularidades chocantes.